

pable de fidelidad á Napoleón: razón decisiva para castigarle despojándole de sus Estados.

Esto es ya un poco singular para *libertadores*. Habían prometido libertad é independencia á los pueblos; ahora bien, el pueblo sajón había hecho traición al emperador en los campos de Leipzig; ¿era para recompensarlo por lo que se disponía de él, sin contar con él y á pesar suyo? Además, ¿cuál era el crimen de los Polacos? ¿Por qué el rey de Prusia los cedía al emperador de Rusia, como se deshace uno de una vil mercancía? Cambiar los Polacos contra los Sajones, ¿se llama en lenguaje monárquico asegurar los *derechos y la libertad de los pueblos*? Aun alimentaba el patriotismo prusiano otra más alta ambición: soñaba con una reconstrucción de la Alemania. Si había sufrido el yugo del extranjero, es porque estaba dividida; era preciso, pues, darle la unidad y por la fuerza. Nada mejor; pero ¿no se necesitaba antes de todo consultar á los Alemanes? Si ellos preferían continuar siendo Sajones ó Bávaros á ser Prusianos ó Austriacos, ¿se les podía imponer la unidad á pesar suyo? ¿No era esa una política á lo Napoleón? Se hablaba de libertad, y se empezaba por quitar su independencia á los pueblos declarados libres.

Los dos libertadores por excelencia, Alejandro y Federico Guillermo, hacían causa común. Hay un proverbio trivial que en su bajeza traduce perfectamente el pensamiento de esos nobles personajes: se entendían como ladrones en feria. La Prusia abrazaba el partido de la Rusia en la cuestión de Polonia, y la Rusia sostenía á la Prusia en la cuestión de Sajonia. ¿No era esto sacrificar la libertad de la Europa á la ambición rusa, después que se había hecho una guerra llamada de la rendición contra la ambición francesa? Es lo que decían la Inglaterra y el Austria. No las únicas de esa opinión. Había en el congreso de Viena un hombre político de una gran elevación de espíritu; antiguo ministro de Federico Guillermo, el barón de Stein había llegado ser consejero de Alejandro; él mismo censuró á las dos potencias que más le interesaban el excitar la desconfianza de la Europa; deseaba ardientemente que la Prusia se engrandeciese en Alemania, pero no quería que esto se hiciese á expensas de la libertad europea (1). Casi no se le escuchó. Los dos *libertadores* del Norte se

(1) HAUSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 602.

vieron obligados á moderar sus pretensiones; pero las grandes palabras de *libertad* y de *independencia* no dejaron por eso de dar por resultado un aumento de territorio. ¡Siempre la comedia representada á expensas de los pueblos!

III

El Austria, con su defección, aseguró el triunfo de los coligados. Si abandonó al emperador, á quien había dado una archiduquesa, no fué precisamente por amor á la libertad; hubiera preferido el mantenimiento del imperio con los límites del Rhin á la demagogia alemana patrocinada por la Rusia y la Prusia. Por otra parte, temía á la ambición rusa y detestaba á los Prusianos. Si se unió á la coalición, fué porque Napoleón estuvo intratable. Es preciso hacer una justicia al gabinete de Viena: desdeñó el representar la comedia, y no inscribió en sus banderas la *libertad* y la *independencia* del continente. Metternich sabía á qué conducirían las bellas frases de las proclamas rusas y prusianas. En Viena se le vió, con grande escándalo de los aliados, reconciliarse con Talleyrand, y muy pronto entró Castlereagh en esta nueva alianza. Los *libertadores* de la Europa estaban á punto de volver á tomar las armas. ¿Para qué esas disensiones? ¿Es qué uno quería dar más ó menos *libertad* que el otro á las poblaciones emancipadas de yugo napoleónico? La *libertad* se había convertido en una amarga decepción, y la *independencia* iba á ser un mito. Á Alejandro le gustaba hacer el papel de Agamenón, lo que disgustaba mucho á su próximo vecino el emperador de Austria. De ahí la triple alianza que casi abrasó de nuevo á la Europa.

Si el Austria puso un freno á la ambición rusa, no hay que creer que fuese en nombre de un principio cualquiera; no conocía más que su interés, y, en apariencia, lo cuidó perfectamente. No hay necesidad de decir que recobró las posesiones de las cuales Napoleón había hecho mal en despojarla. Abandonó la Bélgica á la Holanda; esas provincias eran una carga para ella; le gustaba más extenderse en Italia. Venecia y la Lombardía formaron un magnífico reino que aseguraba al emperador la dominación de la Península. Además, se le dejó Toscana, Módena y Parma para sus archiduques y sus archiduquesas. Las legaciones le tenta-

ban mucho; si el papa recobró su patrimonio, no lo debió á su antiguo protector, sino á las potencias heréticas que deliberaban en Viena, y que hallaron que la voracidad del Austria era demasiado insaciable (1). Sin embargo, Austria creyó haber hecho un excelente negocio, cambiando sus posesiones de Alemania y de Bélgica por la Italia. No creía en las nacionalidades, no creía más que en las leguas cuadradas y en el número de almas. Pero hé aquí que esas leguas cuadradas se comueven, y que las almas prueban que no son simples cifras de estadística. Estallan revoluciones sobre revoluciones; y ¿qué se lee en su bandera? ¡Los bárbaros fuera de Italia! Todavía están en ella, pero no continuarán (2). Es una lección que deben aprovechar los reyes y los emperadores. Es también la condenación de todo lo que pasó en Viena. La obra del congreso está hecha jirones, precisamente porque no vió en la reconstrucción de la Europa más que una cuestión de estadística.

IV

Se dirá que hay algo de ingratitud en no reconocer á las potencias coligadas el gran beneficio que la Europa les debe. Aplaudimos la caída de Napoleón y manifestamos nuestro agradecimiento á Dios, que ha libertado á la Europa de su dominación. Si somos severos con aquellos que se llamaban los *libertadores* de la Europa, es porque la historia es un tribunal, y la justicia tiene por misión el decir la verdad y no mezclar su voz con las adulaciones de los contemporáneos. La emancipación que los reyes prometieron á las naciones no fué más que un engaño. La palabra es dura; pero ¿quién se atreverá á decir que es una calumnia? ¿Acaso los Italianos, los Polacos, los Noruegos, los Sajones, los Belgas deben agradecimiento á sus libertadores por haber dispuesto de ellos, á pesar suyo?

Hé aquí al czar Alejandro que aparece en escena. Él ha sido quien ha destruido al gran ejérci-

(1) *L'Homme d'Etat* habla de la *inextinguible sed del Austria* (*Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, t. III, página 496).—GERVINUS, *Geschichte des XIX^{ten} Jahrhunderts*, tomo I, p. 202.

(2) Escrito en 1865.

to, el que ha vencido al invencible, y añade á este inmenso beneficio el de la libertad. La palabra libertad está siempre en su lengua; si se le hubiera escuchado, la Santa Alianza se hubiera puesto á redactar constituciones para toda la Europa. Nos engañamos, había una excepción, la Rusia. La excepción es singular. ¿Cómo se olvidaba el generoso czar, que dotaba á la Europa entera de instituciones liberales, de la nación rusa? Su palabra hubiera sido bastante, pues que era autócrata. No estaba madura para la libertad, se dirá. Sea; ¿por qué no la preparaba, aboliendo la servidumbre? ¡Qué! ¿ese gran charlatán de libertad tiene un inmenso imperio cubierto de siervos, y no piensa en emanciparlos!

Diríase que á los hombres les gusta se les engañe. El nombre de Alejandro es casi sinónimo de generosidad y de magnanimidad. Escuchemos á un escritor que tenemos gusto en citar; es una mujer, y se le perdonará el haberse dejado coger por bellas palabras. “Lejos de que el mérito de Alejandro sea exagerado por la adulación, dice madama de Staël, casi diré que aun no se le hace bastante justicia, porque sufre, como todos los *amigos de la libertad*, la desgracia que va unida á esa opinión, en lo que se llama el buen mundo europeo. No se cansan de atribuir su manera de ver en política á cálculos personales, como si en nuestros días los *sentimientos desinteresados* no pudiesen ya penetrar en el corazón humano. ¿Se ha entregado el emperador Alejandro á pensamientos egoístas, cuando ha dado á la parte de la Polonia que ha adquirido por los últimos tratados los derechos que la razón humana reclama ahora de todas partes...? Cuando el recuerdo de la fuerza de los Franceses hacía aún vacilar respecto al plan de campaña que debería seguirse, el emperador Alejandro decidió que se debía marchar sobre París; ahora bien, todos los triunfos de la Europa se deben á esta resolución. Tendría que violentarme, lo reconozco, al prestar homenaje á este acto de voluntad, si el emperador Alejandro, en 1814, no se hubiera conducido generosamente con la Francia, y si en los consejos que ha dado no hubiera respetado constantemente el honor y la libertad de la nación. *En todas ocasiones y siempre, ha sostenido el lado liberal*; y si no lo ha hecho triunfar como todo lo que era de desear, ¿no debe á lo menos admirar que un tal instinto de lo que es bello, que un tal amor de lo que es justo

haya nacido en su corazón, como una flor del cielo, en medio de tantos obstáculos?», (1).

El retrato está tomado del natural, sólo que el pintor no ha consultado más que lo exterior. ¿Cómo creer en el amor de la libertad en un autócrata que tuvo buen cuidado de mantener su autocracia, cuando en los salones de París hacía tan bellos discursos sobre la libertad? El desinterés y la generosidad figuran en todas las declaraciones públicas del magnánimo emperador: lo que no le impidió, dice un historiador francés, el tomar en el tratado de Viena todo lo que podía tener (2). Hay más: conocemos sus conversaciones íntimas con el príncipe de Talleyrand; hemos dicho qué desprecio manifestaba por el derecho, por los tratados: sus conveniencias propias eran el único derecho que quería reconocer. Hé aquí sentimientos que hacen un singular contraste con el *instinto de lo bello*, con el *amor de lo justo*, tan admirados por madama de Staël como una *flor del cielo* extraviada en los rudos climas del Norte. Los reyes y los diplomáticos llevan una careta; la historia debe arrancársela, para sorprender las facciones verdaderas. Tarea muy fácil, aunque poco agradable. Basta poner las palabras enfrente de los actos. Veamos á los libertadores de la Europa en su tarea. Todos son culpables, pero el gran culpable es el magnánimo Alejandro.

N.º 3. — Las nacionalidades.

I. — La Noruega.

Estamos á fines del año 1812, á principios de 1813; son los meses de miel de la alianza santa, que se propuso por fin el rescate de la Europa. El primer tratado es anterior á la invasión de la Rusia. No hay más que dos partes contratantes, el czar y el príncipe real de Suecia; el resto de la Europa estaba enregimentado en el gran ejército. ¿De qué se ocupan los dos únicos soberanos que no figuran en las antecámaras del emperador? El príncipe real de Suecia es un Francés que de cabo había llegado á ser rey. No sabe, en 1812, si estar por Napoleón ó por el czar; lo más prudente, se

(1) STAEL (madama de), *Considerations sur la Révolution française*, parte primera, c. IV.

(2) LEFEBVRE, *Histoire des cabinets de l'Europe*, durante el Consulado y el Imperio, t. II, p. 69.

dijo, es estar por los dos; Bernadotte empieza por firmar en San Petersburgo un tratado con Alejandro, el 5 de Abril de 1812; se obliga á operar una diversión en Alemania. En recompensa de ese servicio, el czar le promete la Noruega. ¿Acaso Alejandro tenía algún derecho sobre la Noruega? Ninguno; pero era tan generoso, que disponía con gusto de lo que no le pertenecía. Entre particulares, esto se llamaría una expoliación; entre soberanos, eso pasa por la prueba de un alma bella. ¡Pero el *amor de lo justo*! La Noruega pertenecía á la Dinamarca; ¿permitía el *amor de lo justo* despojar á los Daneses en provecho de la Suecia? Cuando uno es rey, hay acomodamientos con la justicia. Se invitará al rey de Dinamarca á que acceda al tratado que le despoja, prometiéndole indemnizarle del lado de la Alemania. ¡Singular justicia! ¡Qué! ¡Se despoja á la Dinamarca, se despoja á la Alemania, y esos dos latrocinios combinados forman un acto de justicia! (1).

¡Justicia de los reyes! Bernadotte no se fiaba enteramente á la magnanimidad rusa; tal vez creía aún en la estrella de Napoleón. Seis semanas después de haber firmado el tratado de San Petersburgo, ofreció al emperador su alianza contra la Rusia, siempre por precio la Noruega. Napoleón se negó; conociendo al Gascón, prefería los Daneses, amigos seguros, á un amigo dudoso. Hé ahí á Bernadotte obligado á permanecer fiel á la alianza rusa, y, á pesar suyo, uno de los libertadores de la Europa. Los desastres de Rusia dieron al príncipe real de Suecia la esperanza que las estipulaciones del tratado de San Petersburgo no serían una vana promesa. Los coligados buscaban alianzas por todas partes y á toda costa: no era demasiado la liga de la Europa entera para abatir al emperador. De ahí el tratado del 3 de Mayo de 1813, por el cual Inglaterra se unió á la Rusia para atraer á Suecia en la coalición. Se hizo en nombre de la *Santisima é indivisible Trinidad*. Nada hay más patético que la religión en los poderosos de este mundo. Pero ¿responde el fondo del tratado á esos bellos sentimientos? El rey de Suecia se compromete á emplear un cuerpo de treinta mil hombres contra Napoleón. Bernadotte era Francés, y debía su corona al prestigio que ejercía la gran nación. Su trono no estaba amenazado por la monarquía universal del

(1) HÆUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 92.

emperador. Por consiguiente, ¿no le hubiera convenido más la neutralidad que la guerra? La Inglaterra accedió al tratado de San Petersburgo: «No tan sólo no opondrá ningún obstáculo á la anexión de la Noruega, sino que facilitará las miras de Su Majestad el rey de Suecia, bien por medio de sus buenos oficios, bien empleando en ellas, si era necesario, su cooperación naval de concierto con las tropas suecas y rusas. No se recurrirá á la fuerza, á menos que Su Majestad el rey de Dinamarca no se hubiese previamente negado á unirse á la alianza del Norte. Su Majestad el rey de Suecia se compromete á tener cuidado de que la reunión se efectúe con todos los miramientos y consideraciones posibles, para la *felicidad y la libertad* del pueblo de Noruega.»

¿Preguntaremos con qué derecho se unía Inglaterra á la Rusia y á la Suecia para despojar á Dinamarca de un reino que formaba la tercera parte de sus Estados? No se sabe cuál de los aliados representa en este negocio el papel más odioso. El rey de Suecia, cuando se hace abstracción de su cualidad de Francés, era aún el más excusable. Recién venido entre los reyes, necesitaba su apoyo si quería salvar su trono del gran naufragio; debía también conciliar la afección del pueblo sueco. Ahora bien, la Suecia había sido despojada de la Finlandia; ¿qué mejor medio para consolarla de esta pérdida que el darle la Noruega? En cuanto á la Inglaterra, había ya cometido un nuevo crimen, despojando á Dinamarca en provecho de la Suecia: verdadero latrocinio que no puede compararse más que á los actos más nefastos de que hace mención la historia, el reparto de la Polonia ó la usurpación de la España por Napoleón. Es, pues, cierto que se podían oponer á la Inglaterra los mismos principios que había invocado contra el emperador. Conducta tanto más culpable, cuanto que pisoteaba todo derecho, en el momento mismo en que sublevaba á la Europa contra el enemigo común, en nombre del derecho violado. Los Ingleses lo reconocen: el tratado del 3 de Mayo fué vivamente reprobado (1). Pero la fuerza reinaba y triunfó de la justicia.

La palma de la iniquidad pertenece á Alejandro. Cuando éste en Tilsit se repartió el mundo

(1) Véase una excelente crítica de *Edinburgh review*, april, 1814, *Transference of Norway* (t. XXIII, p. 80).

con Napoleón, se hizo adjudicar la Finlandia, provincia perteneciente al rey de Suecia, su aliado y su cuñado. Despojó á la Suecia para redondear á Rusia. ¿Cómo se concilia eso con ese *amor de lo justo* que madama de Staël admira como una muestra de su bella alma? Cuando á seguida los Ingleses, en verdaderos corsarios, se apoderaron de la flota danesa, después de haber incendiado á Copenhague, Alejandro se quejó altamente, y á la verdad, no le faltaba razón: «La historia, dijo, tan fértil en crímenes, no ofrece un ejemplo de semejante atentado.» Declaró que no consentiría en restablecer la paz con Inglaterra sino después que la Dinamarca hubiera obtenido la satisfacción á la cual tenía derecho. Esto sucedía en 1807. En 1812, la Rusia y la Inglaterra hicieron la paz y celebraron una alianza. ¿Cuál fué la *satisfacción* que el czar estipuló para los Daneses? ¡Los despojó de la Noruega! Y nótese bien: la Noruega fué dada á la Suecia para indemnizarla de la pérdida de la Finlandia, y la Finlandia quedó para el expoliador, el magnánimo Alejandro. La última víctima de esos odiosos latrocinios fué la Dinamarca, que, en 1807, Alejandro había proclamado que el era más sensato, el más moderado, el más inofensivo de los Estados europeos.

Faltaba algo á esta obra de violencia, la perfidia. El 22 de Marzo llegó á Copenhague un enviado ruso, el príncipe Dolgorouki. Los daneses vieron en él un *ángel de la guarda* que iba á protegerlos contra las invasiones de la Suecia. En efecto, el diplomático ruso, que venía directamente del cuartel general de Alejandro, declaró que no se trataba ya de reunir la Noruega á la Suecia, que esta anexión no había sido más que un vago proyecto, que por el momento no se pensaba ya en ello. Tantas palabras, tantas mentiras. El príncipe hizo ofertas magníficas á los Daneses, á fin de atraerlos á la liga general contra la Francia. Primeramente se garantizarían á la Dinamarca todas sus posesiones; después se le darían las ciudades anseáticas, y aun la Holanda. Esta nueva expoliación era un proyecto sueco. No hay necesidad de decir que la Suecia no se manifestaba tan generosa á expensas del prójimo más que para obtener la Noruega tan codiciada: hasta se podría, decía, añadir á eso el Mecklemburgo. ¡Bernadotte sobrepujaba á Alejandro en generosidad! ¡Entregar las ciudades anseáticas á Dinamarca, cuando la ane-

xión de esas ciudades al imperio francés acababa de sublevar á la Europa! ¡Abandonarle la Holanda, cuando la reunión de la Holanda á la Francia era uno de los crímenes que se criticaban á Napoleón! El proyecto no se llevó á cabo. Pero no le faltaron intenciones á Alejandro, lo cual es bastante para honrar su bella alma. Deseando la Suecia absolutamente la Noruega, el czar sacrificó la Dinamarca; y para poner su honor al abrigo de la crítica, desaprobó al príncipe Dolgorouki, censurándole duramente el haber traspasado sus instrucciones. Pero, dice un historiador alemán, todo el mundo estaba convencido que el príncipe había sido el fiel órgano del czar; en definitiva, añade, las cosas no pasaron muy honradamente en Copenhague (1).

Los defensores de las altas potencias dicen que la anexión de la Noruega á la Suecia es la cosa más dichosa que pudo suceder á los Noruegos. En efecto, S. M. Bernadotte garantizó á sus nuevos súbditos todos los derechos que constituyen la libertad pública. ¿De qué, pues, podían quejarse? ¡De qué se quejaban!, exclama un escritor inglés cuyo lenguaje es más parlamentario que el nuestro. ¡Se quejaban de que se hacía que se protegía su libertad, cuando se disponía de ellos como si fueran un rebaño de animales! Los que se repartieron la Polonia usaban del mismo lenguaje: la *felicidad de los Polacos* era su único cuidado, si se ha de creer en sus proclamas. ¡Al día siguiente de la horrorosa matanza de Varsovia se leía en una orden del día "que la emperatriz Catalina, esta buena madre, no tenía otro pensamiento que el de hacer felices á sus hijos!" (2). Los Noruegos respondieron que sólo ellos eran jueces de su felicidad, y que la cifraban en su independencia. Fué preciso recurrir á la fuerza de las armas para convencerles que hacían mal en no ser felices, cuando las altas potencias habían hecho todo por su felicidad (3). La comedia ha terminado, aplaudid.

II. — La Bélgica.

Ya en 1805 pensaba Pitt en reunir las provincias belgas á la Holanda, para hacer de ellas un

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 96-98.
(2) *Edinburgh review, Selections*, t. IV, p. 189 y siguientes.
(3) GERVINUS, *Geschichte des XIX^{ten} Jahrhunderts*, t. I, página 185.

reino que pudiese servir de baluarte contra la Francia. Esta idea fué puesta á ejecución en los tratados de París y de Viena. Lo que más deseaban los Ingleses era que la Bélgica no quedase á la Francia; no querían por ningún precio que el puerto de Amberes fuese un puerto francés. Lord Castlereagh escribe al conde Aberdeen en Noviembre de 1813: "Debo llamar particularmente vuestra atención sobre Amberes. La destrucción de este arsenal es esencial á nuestra seguridad. Dejarlo en manos de Francia es, ó poco menos, el imponernos la necesidad de un establecimiento de guerra perpetua. Después de todo lo que hemos hecho en favor del continente, nuestros aliados nos deben, y ellos se deben á sí mismos, el extinguir ese fecundo manantial de peligros para ellos como para nosotros. No queremos imponer á la Francia condiciones deshonorosas, como sería la limitación del número de sus buques; pero *no se la debe dejar en posesión de Amberes. Este es un punto que debéis considerar como esencial, por encima de todos los demás, en lo concerniente á los intereses británicos*," (1).

Ahora sabemos por qué le interesaba tanto á Inglaterra el reino de los Países Bajos. Los historiadores alemanes dicen que el nuevo reino era el niño mimado del gabinete británico. Para constituirlo sólidamente se tomó á la derecha y á la izquierda, á la Francia y á la Alemania; hasta se pensó en darle una parte de las provincias renanas (2). Siempre esa idea fija de la diplomacia, que un Estado es fuerte en razón de su extensión y de sus fortalezas. No se inquietaban por las simpatías ó las antipatías nacionales. Sin embargo, los aliados sabían muy bien á qué atenerse respecto al afecto que los Belgas tenían por sus antiguos hermanos del Norte. En 1814, la ciudad de Bruselas envió una diputación al campamento de los aliados, encargada de pedir al emperador de Austria un príncipe de la casa imperial para gobernar á los Países-Bajos. No ignoraban los Belgas los proyectos de la coalición; y para impedirlos, dieron este paso cerca de su antiguo soberano. Es lo que el corresponsal del conde de Aberdeen le pregunta: la opinión de los Belgas, dijo, es muy hostil al

(1) *Lettre du 13 novembre 1813 (Castlereagh papers, serie 3., tomo I, p. 75)*.
(2) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 619, 620.

príncipe de Orange (1). ¿Qué responde lord Castlereagh? "El emperador de Austria no quiere ya Países Bajos. Colocada la Bélgica bajo la dominación de un archiduque, sería demasiado débil para defenderse contra la Francia. Si los Belgas quieren ser independientes, es preciso que se les reuna á la Holanda," (2).

Como se ve, los aliados aseguraban la independencia de los Belgas, como habían garantizado la libertad de los Noruegos. El tratado de 1814 dice "que, colocada la Holanda bajo la soberanía de la casa de Orange, recibirá un aumento de territorio," (3). Estas palabras tuvieron un largo y funesto eco; la Bélgica fué considerada como un país conquistado, como una dependencia de la Holanda. Era un matrimonio á la fuerza y desigual; no podía durar. En 1830, la unión se rompió, y el rompimiento fué consagrado por las mismas potencias que habían consagrado la unión. Lo que prueba cuán vanos son los cálculos de la diplomacia. El reino de los Países Bajos debía servir de baluarte contra la Francia, lo mismo que el reino de Cerdeña. ¡Singular concepción! ¡Se comprende que una nación poderosa, tal como la Alemania, venga á ser un baluarte serio contra la ambición francesa; pero pequeños Estados que pueden ser invadidos en veinticuatro horas! En éstos no hay ni ríos, ni montañas, ni fortalezas que resistan; si el fuerte quiere abusar de su fuerza, el débil debe necesariamente sucumbir. Hay otro baluarte mucho más poderoso que las plazas fuertes y las leguas cuadradas, es el espíritu de nacionalidad. Distribuir la Europa de manera que cada nación goce de su independencia, desarrollar, fortificar el espíritu nacional, este es el único medio de asegurar la paz á la vez que la libertad del mundo. Porque el congreso de Viena, en vez de fundar las nacionalidades, las desconoció y violó sus derechos sagrados, fué por lo que su obra se desmoronó por todos lados.

III. — La república de Génova.

Las provincias belgas tienen desde hace siglos el desgraciado destino de ser consideradas como premio de la victoria; su independencia data de

(1) *Castlereagh papers, serie 3., t. I, p. 340*.
(2) *Carta del 14 de Marzo de 1814 (Castlereagh papers, serie 3., t. I, p. 354)*.
(3) *Traité de Paris, del 30 de Mayo de 1814, artículo 6.º*

ayer. Hé aquí una república que era floreciente, gracias á la libertad de que disfrutaba, en una época en la que el Austria, Prusia y Rusia no existían aún como Estados independientes. Napoleón reunió Génova á la Francia, fundándose en el voto del pueblo, voto poco sincero. Los Genoveses se aprovecharon de la caída del imperio para volver á tomar su antigua existencia. Pero el congreso de Viena, en donde se sentaban los príncipes que habían llamado los pueblos á la libertad, no respetó esta manifestación de la voluntad popular, anexionó la república al reino de Cerdeña.

¿Pensaban acaso las grandes potencias en reconstituir la unidad italiana? En nuestros días hemos visto á los Genoveses abdicar su existencia separada en provecho de la gran patria. En 1814 no se hablaba de nacionalidad. El príncipe de Metternich declaró al congreso "que la Italia no estaba destinada á formar un cuerpo político propiamente dicho, que representaba más que una reunión de Estados independientes, comprendidos bajo la misma denominación geográfica," (1). Si hubiese estado en poder del Austria el borrar hasta la unidad geográfica, lo hubiese hecho. ¿No es esta unidad una señal de los designios de Dios? Los Genoveses, que han hecho con gusto el sacrificio de su independencia política en el altar de la patria común, resistieron en 1814 á una anexión forzada. Lord Bentinck escribe á lord Castlereagh (2): "*Todos los Genoveses desean su antigua independencia y su antigua forma de gobierno, excepto algunas modificaciones. Todos están igualmente deseosos de no ser anexionados al Piamonte.*" Diríase que el congreso, en vez de hacerse cargo de las simpatías nacionales, trataba de contrariarlas. Se complacía en decretar reuniones que chocaban con los sentimientos, ó, si se quiere, con las antipatías de los pueblos. Los Noruegos no podían sufrir á los Suecos: anexionados. Los Belgas amaban á los Holandeses como los católicos fanáticos pueden amar á los calvinistas: anexionados. Los Renanos no han tenido jamás una gran ternura por los Prusianos: anexionados. En fin, los Genoveses detestaban á los Piamonteses: anexionados.

(1) Acta del 13 de Noviembre de 1814 (KLÜBER, *Akten des Wiener Congresses*, t. VII, p. 403).
(2) *Carta del 23 de Abril de 1814 (Castlereagh papers, serie 3., tomo I, p. 490)*.